



ME QUEDO

CON

TUDO

Yahaira Almonte Jiménez



ME QUEDO

CON

TUDO

Yahaira Almonte Jiménez

©Me quedo con todo
©Yahaira Almonte Jiménez

Vérité Editorial Group SRL
Casa editorial de autopublicaciones y de distribución de
libros para escritores independientes.
Teléfono: +1 829-893-0157 / +1 829-814- 4961
Correo: info@editorialverite.com
www.editorialverite.com
Impreso por: VeryPrint DR
Primera edición, 2022
ISBN:
Diseño de portada: Arturo León
Corrección y diseño interior:

Lana
CORRECCIONES

©Todos los derechos reservados.

Si eres imperfectamente perfecto hijo de Dios, y a Dios le place que seas así, que tengas humanidad, ya que eso te mantiene humilde, te mantiene humano, te mantiene en sintonía con el mundo real, y nunca nunca te creas perfecto, solo TÚ y nada más.

-Yayis-

PREFACIO

Me quedo con todo es más que una historia, es más que un simple libro, es un vaciado de experiencias, teorías e historias en algunos casos hasta personales para la autora. *Me quedo con todo* es una teoría creada por ella misma.

Quedarse con todo implica que no dejes nada fuera. El aprendizaje es todo. Es lo bueno, es lo malo, es lo crudo, es lo espectacular, es el amor, es el odio, es la alegría, es la ira, es la desilusión y es la ilusión. Quedarse con todo es hacerse amigo del dolor, pero no albergar, sino saberlo, sentirlo, permitir que te enseñe y dejarlo ir. Quédate con todo, porque cuando las cosas van bien es una hermosa oportunidad de dejarte amar y abrazar por la vida.

Con amor, una Amy de corazón.

TOMA I

—Todos en la casa manos a la obra! ¡Todos en sus lugares! ¡Cámaras listas! ¡Equipo de apoyo listo! ¡Actores en sus lugares! ¡Todos listos para la toma uno! ¡Todos en la casa! ¡Manos en la obra!

—Todos en sus lugares. ¿Cámaras listas? ¿Equipo de apoyo listo?

—¡Actores en sus lugares! ¿Todos listos para la toma?

Te voy a contar una historia, mi historia. Espero compartir contigo todo de mí.

Eran las 5:00 a. m. y desperté espantada. Tenía muchas cosas en la cabeza que no me dejaban conciliar el sueño. Nunca pensé que mi vida llegaría a ese punto. Ni en mil años imaginé que las decisiones que tomé me llevarían a esto. Una mujer con pocas aspiraciones, dicen. ¿Quién lo dice? ¿Acaso mi esposo?, ¿mi hija? ¿O lo dicen todos? ¡Espera! ¿Lo digo yo? Debería recordarme todo el tiempo que la única voz que debo escuchar es la de Dios y la mía, el resto es complemento. No debe existir una directriz de

cómo llevar mi vida. Me siento cansada, pero no puedo soltar todo, simplemente no puedo.

Sí, una mujer sin aspiraciones, una ama de casa más, con el aspecto físico que describió mi esposo, que en el pasado era perfecto. ¡Aaah! Pero ¿y qué es perfección? De donde yo vengo, la perfección no existe. Todos estamos claros que la perfección solo le pertenece al Todopoderoso. Sin embargo, como dije antes, mis decisiones me han llevado adonde estoy ahora y sobre todo me han convertido en lo que lees o puedas figurar de mí. Te tendrás que conformar con hacerte la idea de lo que te describo, ¿no? En fin, nada salió bien, nada.

Te preguntarás: pero ¿qué hay dentro de ella? ¿Qué es lo que nadie ve? Lo que nadie sabe...

A veces pienso en abandonarlo todo y ser realmente yo. Me provoca respirar con libertad, volver a hacer lo que me gusta, disfrutar de la vida, pero no, tengo una misión. Al parecer, tengo un objetivo muy claro. Creo que ya no debo hablar más. Quizás él tenga razón, ¡hablo demasiado!, y hasta dice que hablo por él muchas veces. Es una carga o paquete muy grande, ¿no crees? ¡Qué va! Ese paquete no existe, ¡me lo he puesto yo misma hablando tanta cháchara! Vamos a lo que interesa. Estoy segura de que quieres saber quién soy, de dónde vengo, por qué soy como soy, ¿verdad? Bueno, ahí va...

¿Equipo listo?

¿Cámaras listas? Director, en 3, 2, 1...

Recuerdo como si fuera hoy el día que conocí al padre de mi hija. Caminaba hacia mi casa y vi una manifestación de jóvenes en una plazoleta. Escuché a lo lejos que hablaban sobre derechos y deberes ciudadanos. Me llamó la atención, así que me acerqué. Al cabo de unos minutos de estar escuchando sobre lo que me correspondía como ciudadana de esta hermosa patria, mis ojos se cruzaron con los de un hombre. Nos miramos, y de inmediato una supuesta electricidad... Mmmm, ¿electricidad? Chicas, cuidado con esa famosa electricidad. A veces solo electrocuta y punto. Caminé con lentitud hacia un restaurante. Él me siguió y me dijo: “¿Puedo hablarle?”. Le contesté: “Sí, claro, dígame”. Me preguntó si podíamos conversar. Le dije que sí, y nos sentamos en un parque. Me pareció buena idea que fuera en un lugar público por ser un total desconocido. Duramos algunas horas hablando sin parar. Se sentía como la mejor cita que hubiese tenido antes. Nuestro romance fue todo un frenesí desde ese día.

Nos conocimos una tarde de marzo de 1987 y ya estábamos felizmente casados en agosto de ese mismo año. Es obvio que dirás “¡Ah, estabas embarazada!” y la respuesta es...

Disculpa, tengo una llamada. ¿Podemos cortar?

—Sí, ella habla. ¿En qué le ayudo? Sí, dígame. ¿Que vaya adónde? Creí que podían hacerlo sin mí. Está bien, permítanme un par de horas y estaré ahí. Sí, claro. Gracias a usted. Sí, de acuerdo, nos vemos en un par de horas.

Ya estoy contigo. Bueno, la respuesta es que no. Mi angelito no vino hasta finales de 1989. No podía estar más feliz, al menos yo. Cuando le di la noticia a mi esposo, su reacción fue devastadora.

—Amor, tengo noticias para ti.

—¿Sí? Dime.

—Cuando llegues a la casa.

—¿Sí? Muy bien, amor, en casa nos vemos.

—Besos, amor. Nos vemos pronto.

Cuando llegué a casa, lo esperé con una cena romántica; nuestro vino favorito —bueno, solo para él, shh—, los platos favoritos de ambos y yo vestida de falda azul aqua y blusa rosa pálida. A mi marido le encantaba ese atuendo; yo feliz de complacerlo.

Para no cansarte, casi al iniciar la cena propuse un brindis. Le dije que para poder hacerlo tenía que retirarme la blusa. Él contestó con una sonrisa:

—Ah, sí, claro. Esta conversación me gusta.

—Amoor, no es eso —dije entre risas. Me retiré la blusa, y dentro tenía un polo que decía en el área de mi abdomen “¿Quieres ser mi papito?” Muy cursi, lo sé.

De inmediato corrieron lágrimas en mis ojos por la emoción de contarle. Estaba muy feliz, pero él todavía no decía ni una palabra, hasta que...

—Pero ¿y quién te dijo que quería tener hijos ahora? ¿No te cuidaste?

«Seguro ya no me quieres y quieres a alguien más que te quiera, ¿no? ¿No soy suficiente para ti?». Mi cerebro se bloqueó y tuve una experiencia extracorpórea.

Eran esas las palabras de mi marido ante la noticia más bella que pude haber recibido en mi vida. Me retiré de la mesa y fui a la habitación. Lloré y lloré contra la almohada, contra la toalla, bajo la ducha... Lloré en silencio. Luego me cepillé los dientes y me fui a la cama. No pegué un ojo esa noche, no tengo idea de por qué. No supe a qué hora regresó esa noche, porque salió sin rumbo, según él. Pasaron algunos días y seguíamos sin cruzar palabra. Nuestra vida se desarrollaba con normalidad. Él salía a trabajar a las 5:00 a. m. y yo a las 7:00 a. m., lo que me permitía levantarme cuando ya no estaba. También procuraba estar dormida cuando él regresaba, o me hacía la dormida.

Sentía como si el tiempo se hubiera detenido y las personas y la vida seguían su curso, menos yo. No me sentía parte de ningún espacio, ambiente, y mucho menos de mi matrimonio.

Esa unión que deseé por tanto tiempo, que imaginaba viejita con mi esposo agarrados de manos y caminando por la playa... En realidad, me sentía como si viera mi vida desde fuera. ¿Te ha pasado? ¿No? Aunque no lo hayas experimentado, es horrible. Así me sentía yo.